

HOY**Luis Berlanga de la Pascua**

El silencio, a pesar de ser su compañía cotidiana, vuelve a sorprenderle; aunque ya cada vez menos cosas lo consigan. Una noche más, Manuela se levanta de la cama para beber un poco de agua. Ponerse de pie la trastorna levemente, y el abismo que se abre entre la habitación y la cocina parece no terminar nunca. Manuela coge su vaso de agua, se sienta en el salón, y no hace nada más.

Son las 5:45 h de la madrugada y un nuevo día comienza. La ausencia de ruido multiplica el vacío de la casa, solo un lejano tic-tac que proviene del dormitorio hace que recuerde a qué velocidad pasa el tiempo, pues a veces se le olvida que continua pasando. Manuela contempla en la oscuridad los contornos de los cuadros de la pared, la silueta del televisor, las copas de la vitrina... Nada ha cambiado desde ayer.

De repente, una clara luz del día osa a inundar su estancia. “Ya falta menos para ir a comprar”, piensa; “ya queda menos para hablar con alguien”, anhela. Horas después de levantarse de la cama, tras esperar por horas vestida y peinada a que el resto del mundo se despierte, decide lanzarse a la calle. Su monedero de mano la acompaña y una bolsa de mimbre cuelga de su brazo. En el ascensor, suspira de forma indiferente ante su propia imagen, se retoca el peinado y vuelve a suspirar.

“¿Cuándo van a poner la maldita rampa?”, comenta con otra vecina de su edificio; pues aunque no hablan en demasía comparten un interés común. Esos tres peldaños se hacen de rogar, “menos mal que estoy bajando”. La puerta pesa lo suyo, pero ha aprendido a abrirla convenientemente. Unos peldaños más y por fin estará en la calle.

Pasear por su barrio siempre ha sido su rutina, su forma de pasar el rato; pero ya no piensa en hacerlo, simplemente lo hace. Ya no desea bajar, hablar con otras personas, comprar lo que necesita, oler los jardines, conocer, explorar... vivir. Simplemente lo hace. La apatía se ha apoderado de ella con sigilo, pero aún no se ha percatado de ello. Las aceras levantadas, motos mal aparcadas, raíces de árboles que luchan contra el pavimento; no le ayudan a recuperar la ilusión en su paseo.

Manuela siempre había sido una persona feliz, risueña y alegre, entregada a los demás, dueña de sus actos, dispuesta a todo. Desde pequeña se había encargado de realizar todas las tareas del hogar en su familia, la mayor de siete hermanos, y disfrutaba de su tiempo libre trabajando en la huerta de sus padres. Su afán de superación y su carácter luchador hacían que tuviera una mirada dulce y segura, suave pero firme. La expresión de su rostro mostraba coraje y arrojo, las líneas de su cara perfilaban su experiencia, sus vivencias, mientras que la comisura de sus labios aún despertaba deseo. Sus cejas arqueadas dibujaban un aire carismático, que junto a la profundidad de sus ojos delataban la bondad de su corazón. Todo eso se fue perdiendo. Antonio la dejó demasiado pronto, y ella tuvo que adaptarse al hueco que dejó. Tiene dos hijos, la llaman y charlan con ella, pero apenas los ve.

Un día, Manuela se derrumbó. Estaba hablando con Juan, el mayor, y se dio cuenta de que llevaba muchos años repitiendo la misma conversación. Una y otra vez, nada cambiaba. Juan no podía soportar la vida rutinaria de su madre, pero lo hacía. Fue cuando la escuchó llorar cuando sintió cómo sus lágrimas parecían arañarle las mejillas. “Mamá, voy para allá”, consiguió articular entre sollozos.

Llamó a su hermano pequeño, Antonio, como su padre, y fueron a visitarla. Estaban todos en el salón y un aroma a café y canela envolvía el ambiente. “Podrías haber preparado galletas”, sugirió Antonio; pero la indiferencia de Manuela le hizo cambiar el tono.

Su madre se hundía y ellos casi no se habían dado cuenta. Llamarla cada dos o tres días ya no era suficiente, visitarla algún domingo no la haría sonreír de lunes a sábado. Juan y Antonio hablaron con ella. “¿Qué pasa, mamá?”, “Nada”, contestaba ella; pues ésa era la verdad. No pasaba nada, todo era igual y ella ya lo sabía. Conocía cuanto la rodeaba y actuaba de forma automática hasta para hacer la tarea más ínfima. Se aburría con sus vecinas, sentía que molestaba a los nietos de sus conocidas y veía cómo sus hijos se alejaban de ella. Cada uno tenía su vida, y ella no estaba en ninguna.

Antonio recordó un cartel que había visto unos días atrás. *Gimnasia de mantenimiento, ponte en forma en tu distrito*. Llamó a Juan a la cocina y hablaron del tema. “Mamá, hemos pensado una cosa”. Manuela levantó su cabeza y la expresión en su cara brillaba por su ausencia. Sin embargo, habían conseguido que les prestara atención, pues esto sí que no se lo esperaba, le vino de sorpresa.

Juan solicitó información en el centro deportivo, preguntó en qué consistía el programa, cuántas personas acudían, edades, horarios... y precio. En principio, la idea parecía buena; por un precio módico acudiría a un lugar cercano donde practicaría actividad física saludable y se relacionaría con otras personas de su misma clase. Ese domingo intentarían convencer a su madre, aunque pensaban que no sería una tarea fácil.

El domingo llegó, a media tarde Manuela recibió a sus hijos y charlaron ampliamente sobre el tema. No puso muchos inconvenientes desde el principio, aunque tampoco saltaba de alegría. Simplemente pensó que podría intentarlo, sin embargo le costaba imaginarse allí con el chándal puesto y a las órdenes de un monitor. Juan y Antonio hicieron turnos para acompañarla los primeros días de clase. Paseaban con ella hasta la puerta del polideportivo y se despedían deseándole un feliz día de clase; cómo habían cambiado los roles...

Poco a poco Manuela fue accediendo a ir sola, aunque alguna vez faltaba si sus hijos no podían llevarla. Conoció a mucha gente nueva, incluso a gente que veía a diario pero con quien jamás había intercambiado palabra alguna. Solían ser comentarios sobre la propia clase, “¡Qué difícil!”, “¿Otra vez?” y cosas así. De repente, una mujer con el pelo un poco más blanco que ella se le acercó sonriendo. “Hola”, fue todo cuanto dijo, pero Manuela guardó silencio para analizar cada una de sus letras.

Hacía mucho tiempo que no tenía conversaciones nuevas, temas diferentes de los que hablar, caras nuevas que mirar. Esta mujer tenía un rostro amistoso, amable, cariñoso. La dulzura de su mirada se materializó con sus palabras; algo que a Manuela le hizo cambiar su expresión. Esa forma que tenía de mirarse al espejo, de hablar por teléfono, de conversar con sus vecinas... siempre la misma expresión callada. Pero hoy todo eso cambió. Manuela observó a la mujer, clavó sus ojos en los de ella y la miró profundamente. Suspiró, asimiló la mirada que ella le devolvía, y le sonrió.

Habían pasado muchos años desde que Manuela sonriera de verdad por última vez. Se había reído, incluso dejaba escapar alguna que otra carcajada con alguna de sus vecinas. Pero no sonreía. Al menos no con la sinceridad con que esta vez lo hizo. Sonrió desde su corazón, se sentía querida y valorada por una compañera que se le acercó con la única intención de conocerla. Tras todos esos años de sonrisa oculta, perdida, olvidada. Hoy Manuela volvía a sonreír.

Continuaron pasando los días, las semanas, los meses; y seguía asistiendo fiel a sus clases de gimnasia. La alegría que esta cita semanal le transmitía lograba extrapolarse a otras facetas de su vida. Ir a comprar ya no era algo automático, mecánico, obligatorio. Ahora iba a la plaza contenta y alegre, feliz. La gente que le rodeaba podía ver un rostro nuevo con sesenta y pico de años, genuino y ambicioso. Y conseguía transmitirlo. Llegar con una sonrisa a cualquier tienda siempre tenía su recompensa, y qué mayor recompensa existe que otra sonrisa. Un intercambio de miradas sinceras, ahora conversar no era solo lanzar y recibir palabras. Ahora hablaba y escuchaba, compartía. Y tenía ganas de hacerlo, recuperó la ilusión y la motivación, ganó confianza y seguridad.

Además, Manuela logró ganar autonomía personal. Su entrenamiento semanal le daba fuerzas para subir y bajar escaleras, se vestía, lavaba, cargaba las bolsas del mercado. Todo era mucho más fácil ahora. Manuela no sabe si realmente era más fácil o es que ahora tenía ganas de hacerlo, pero no le importaba. Manuela estaba contenta, tenía ganas de compartir sus experiencias y de valerse por sí misma; y lo estaba consiguiendo.

Hoy Manuela cambió su vida. Sin saberlo, lo único que necesitaba era un pequeño empujoncito externo para hacerlo, pues ella desconocía los beneficios, desconocía las opciones que tenía. Simplemente se conformaba con lo que había, pero hoy, se alegra de haber cambiado. Y así lo expresa, cada día, con su sonrisa.